

tro de la Porte-Saint-Martin. Tampoco tuvieron trascendencia ninguna el reemplazo del duque de Padua, ministro del Interior y de opiniones clericales, por Billault, ni otros síntomas por el estilo.

El imperio había entrado en una crisis sin que los contemporáneos lo sospecharan y sin que el mismo Napoleón se hiciera cargo de este cambio. Se había propuesto amparar la nacionalidad italiana y había abandonado su propósito sin realizarlo, y las consecuencias no se hicieron esperar mucho. Los elementos conservadores, en los cuales el emperador se había apoyado hasta entonces, no le perdonaron su rompimiento con la antigua política extranjera francesa, ni la debilitación del Austria, ni el peligro á que había expuesto al papado. Estos elementos sin apartarse del todo del emperador se mostraron recelosos y reservados, convencidos de que Napoleón tendría que hacerse forzosamente más liberal en la política interior. Por otra parte, no satisfacía ni remotamente al liberalismo lo que se había hecho; pues el nuevo orden de cosas en Italia era insostenible y exigía imperiosamente una solución completa, poniendo al emperador en perenne contraste con su propia obra, al paso que las circunstancias interiores de Francia hacían tan pocos progresos, que no podían atraer al gobierno imperial los elementos contrarios, antes bien se aumentaba todavía el espíritu de descontento por obra de los amnistiados que habían regresado. Acaso hubiera tenido buen éxito un cambio decidido de la política del emperador si éste hubiese tenido el valor de amparar y defender sin reserva la causa italiana, de aumentar los privilegios de la cámara, de dar libertad á la prensa, y en fin de conceder las reformas que otorgó diez años después. Este cambio hubiera exigido que el emperador rompiera resueltamente con el principio imperialista, y que fundara su dinastía sobre el parlamentarismo; pero para ello no estaba dispuesto Napoleón cuando en posesión de gran poderío y de fuerza material y moral habría podido salir airoso, y luego ya fué tarde, porque á medida que la posición dominante del imperio menguaba y que las concesiones hechas al liberalismo llevaban el carácter de forzosas, se redujo también la posibilidad de obtener feliz resultado de un cambio resuelto de su política.

## CAPITULO VIII

### LA FUNDACION DEL REINO DE ITALIA

Entre las disposiciones de matiz liberal que adoptó Napoleón fué la de mayor alcance, por lo menos tocante á la política extranjera, la de nombrar en 4 de enero de 1860 ministro de Negocios extranjeros, en lugar de Walewski, á Thouvenel, hasta entonces embajador en Constantinopla (1). Atendido el conocido espíritu hostil de Walewski contra la Italia, aquel nombramiento fué una señal clara de que Napoleón pensaba atender á los deseos de los italianos más adelante, y la entrada de Cavour en el gobierno italiano á los catorce días hizo prever resoluciones importantes.

La paz de Villafranca no se había cumplido, en los seis meses que habían pasado desde su firma, sino en cuanto se refería á la Lombardía, no obstante haber sido ratificada en 10 de noviembre de 1859 por la paz definitiva hecha en Zurich. La situación en la Italia central se había desarrollado en este tiempo en dirección absolutamente contraria. El go-

(1) El hijo de Thouvenel ha publicado el año pasado una obra que ensancha notablemente el conocimiento de aquellos años; el título de esta obra es: *Le secret de l'Empereur (correspondence confidentielle... entre M. Thouvenel, le duc de Gramont et le comte de Flahault, 1860 á 1863, Paris, 1889.*

bierno piomontés se conformó por no poder hacer otra cosa con llamar á los comisarios que habían gobernado durante la guerra los países sublevados. Obedecieron Buoncompagni en Florencia y Máximo de Azeglio en Bolonia; pero Farini en Módena dimitió sus poderes sólo para salir del servicio del Piamonte y volver á encargarse como dictador del gobierno á instancias del consejo municipal, lo cual sabido por Cavour, le felicitó por telégrafo en estos términos: «El ministro ya no existe, y el amigo le envía un apretón de manos y se alegra de su resolución.» Con igual facilidad se efectuó el cambio que se había hecho necesario en Toscana. Buoncompagni entregó el gobierno al ministerio que hasta entonces había asistido al comisario regio, y el presidente de este ministerio, el baron de Ricasoli, uno de los patriotas más nobles, al cual el país concedía toda su confianza á pesar de sus ideas rigurosamente aristocráticas, se encargó del poder ejecutivo. Mas difícil se presentó la situación en la Romagna, donde el partido republicano era muy fuerte y donde se formó después de la partida de Azeglio un gobierno provisional, á cuya cabeza se puso el corso Lionetto Cipriani, hombre de confianza de Napoleón y el único oficial italiano que había tomado parte en la campaña con el estado mayor francés. En Parma se encargó provisionalmente del gobierno el abogado Manfredi, pero solo para pasarlo luego á Farini, el dictador de Módena, al cual el consejo municipal de Parma proclamó también dictador de esta ciudad.

En todas partes se trabajó con afán para realizar lo más urgente, que era obtener de la población una resolución formal de agregarse á la monarquía piomontesa, y para organizar la defensa contra un ataque de las dinastías expulsadas. En Toscana menguó rápidamente, después de la paz de Villafranca, el partido particularista, que hasta entonces había gozado de bastante influencia, tanto que muchos que antes hablaban en todas ocasiones en favor de la conservación de la antigua dinastía, mientras se tenía la esperanza de excluir al Austria completamente de Italia, no quisieron ya oír hablar de la conservación del gran duque, desde que se supo que el Austria seguiría dominando en Venecia y que de consiguiente continuaría en Italia la presión extranjera. La abdicación del gran duque Leopoldo II en favor de su hijo el 21 de julio, fué otro motivo de descrédito para la dinastía, porque el sucesor del gran duque, que durante sus 45 años de reinado se había granjeado muchas simpatías, era considerado como completamente adicto al Austria. En esta situación la asamblea nacional, que se reunió en 7 de agosto, se manifestó unánimemente contraria á la vuelta de los príncipes expulsados, y protestó formalmente en 16 de agosto contra el regreso de la dinastía lorenesa. Algunos pocos diputados que como el anciano Montanelli opinaban en favor de un reino central italiano bajo el cetro del príncipe Napoleón, no asistieron á la sesión del 20 de agosto para no estorbar con sus votos la unanimidad con que la asamblea votó la anexión de Toscana al Piamonte. Igualmente la asamblea nacional de Módena decretó el mismo día la exclusión de la casa de Lorena y al día siguiente declaró por unanimidad la unión del país con los demás dominios de la dinastía de Saboya. En Parma se había decidido ya por un plebiscito, por 63,000 votos contra 500, el destronamiento de la casa de Borbon y la anexión al Piamonte, y la asamblea nacional confirmó estas resoluciones por unanimidad en su sesión del 14 de setiembre. Una semana antes, el 7 de setiembre, habían tomado igual resolución los representantes de la Romagna, de los cuales solo diez se abstuvieron de votar.

Bajo el punto de vista militar se habían tomado entretanto algunas otras disposiciones importantes. Ricasoli llamó á



Victor Manuel II, rey de Italia

principios de agosto el contingente toscano, que formaba parte del ejército piemontés en la Lombardia, y á instancias urgentes de Montanelli nombró jefe de este contingente á Garibaldi, que inmediatamente presentó á Víctor Manuel su dimision y partió para Florencia con la esperanza de que se le daria el mando de todas las tropas del centro de Italia. A su llegada supo que solo se le destinaba la division toscana y que se estaba en tratos con el general piemontés Fanti para encargarle aquel mando en jefe. Entretanto se habia firmado entre Toscana y Módena el 10 de agosto una alianza militar, en la cual entraron luego tambien Parma y la Romagna, que debian aprontar respectivamente diez mil y siete mil hombres, y los ducados cada uno cuatro mil. El peligro de un ataque de las tropas pontificias ó de los regimientos que el duque de Módena reunia en el Veneto, y sobre todo la necesidad de tener bien sujetas las tropas propias, deseosas de emprender la guerra y por lo mismo siempre dispuestas á sobreponerse á la disciplina, hicieron necesario darles un jefe del cual no pudiera temerse que el mejor dia siguiera en política sus propias inspiraciones. Bajo todos estos conceptos el hombre mas conveniente era el general Fanti (1), natural de Módena, que habia tomado parte en las sublevaciones de 1831, que despues habia adquirido experiencia en la guerra civil de España, y finalmente habia entrado en 1848 en el ejército piemontés. Fanti era además un organizador excelente. Garibaldi quedó muy disgustado, y aun le disgustaron mas las otras disposiciones que se tomaron para no perder el dominio de la situacion. Muchos de sus oficiales que se presentaron en masa para entrar en el ejército de la liga del centro, fueron rechazados, y á los voluntarios se exigió el juramento de fidelidad por año y medio, en la suposicion de que toda aquella gente solo se presentaba con la intencion de entrar inmediatamente en accion. Mas que todo disgustó á Garibaldi y le dispuso á prestar oídos de nuevo á las insinuaciones de Mazzini el hecho de que á un subordinado suyo diese el general en jefe órdenes directas. Este subordinado era el general Mezzocapo, que se hallaba situado cerca de Cattolica, en la frontera de los Estados del Papa.

Lo mejor hubiera sido poder consolidar la situacion de la Italia central con la rápida realizacion de las anexionen votadas; mas esto no fué posible al ministerio piemontés, en el cual Dabormida tenia la cartera de Negocios extranjeros, porque no podia recomendar al rey la aceptacion á todo evento de las coronas ofrecidas. Francia estaba contra esta aceptacion, pues como á la sazón se conferenciaba todavia en Zurich sobre la paz definitiva, semejante violacion de los preliminares de Villafranca habria tenido por consecuencia infalible la disolucion del congreso de paz. Por lo mismo, la consigna en Italia tenia que ser: «Veremos, cuando terminen las conferencias de Zurich.» Por otra parte, no podia tampoco el gobierno piemontés rechazar á los pueblos de la Italia central, y era preciso buscar una salida que pudiese aceptar tambien Napoleon. A fin de saber mejor sus intenciones y de disponerle al mismo tiempo todavia mas en favor de Italia, se envió á fines de agosto á Paris á su amigo el conde de Arese, que presentó al emperador el borrador de una contestacion que podia dar Víctor Manuel á las diputaciones que debian presentársele para ofrecerle la incorporacion de los países sublevados á la monarquía piemontesa. Segun este borrador el rey reconoceria en los votos de las asambleas la solemne declaracion de la voluntad de aquellos pueblos, y prometeria en virtud del derecho que las pobla-

ciones le concedian, representar la causa nacional cerca de las grandes potencias y en especial cerca del emperador de Francia, que habia hecho ya tanto en favor de Italia. Napoleon aprobó el borrador y además telegrafió á Víctor Manuel que en su opinion se podia asegurar todo con una federacion entre la Italia central y el Piemonte, cuya salida no comprometia á nada y cuya última expresion podia interpretarse si convenia en el sentido de una union personal. La primera diputacion que se presentó en Turin fué la de los toscanos, y la contestacion que recibió el 3 de setiembre fué exactamente conforme al mencionado borrador, que habia aprobado tambien Cavour. Las consideraciones que habian obligado al rey á expresarse en esta forma eran tan evidentes para



Ricasoli  
(copia del grabado en cobre hecho en 1861 por Metzmacher)

todo el mundo, que no pudo haber la menor duda sobre su verdadero sentido, siendo por lo mismo muy grande el entusiasmo que causó la contestacion.

Este entusiasmo se enfrió súbitamente con la actitud de Napoleon al ver que el Austria se disgustaba y amenazaba con abandonar las conferencias de Zurich. Para impedir esto creyó Napoleon necesario dar una satisfaccion al Austria, y en su consecuencia hizo publicar en el *Monitor*, en su número del 9 de setiembre, un artículo en que se advertia á los italianos que no se hiciesen ilusiones que excediesen las condiciones de Villafranca, pues que no podria realizarlas ningun congreso, siendo menester para esto la guerra. «Desengañese la Italia, terminaba diciendo el artículo, no hay mas que una potencia en Europa que haga la guerra por una idea, y esta potencia es la Francia. La Francia, sin embargo, ha cumplido su mision.»

Estas palabras no debieron de causar gran impresion al gobierno piemontés, porque pocos dias despues recibió Víctor Manuel á las diputaciones de Parma y Módena y les habló en el mismo sentido en que habia hablado á los toscanos, añadiendo: «Tengan ustedes confianza en el buen sentido de Europa, que ha permitido tambien á otros pueblos la eleccion del gobierno, y en la proteccion del emperador Napoleon.» A los diputados de la Romagna, que presentaron al rey sus resoluciones el 24 de setiembre, contestó de la misma manera, añadiendo algo para expresar la veneracion profunda y constante que como príncipe católico con-

(1) F. Carandini: *Manfredo Fanti, generale d'armata*, Verona, año 1872.